

Monólogos

Germán Moure¹



Diego Alejandro
Naranjo

Primero oí hablar de él. Yo llegué al Teatro Libre casi un año después de que lo fundaran, en la época de “Los descalzos”, en la que la gente del MOIR se iba a zonas rurales a trabajar con los campesinos. Tenía que remplazar a un actor al que le decían “Zape” en la obra *La madre*, porque se había ido al campo. Todos hablaban de él, yo no sabía quién era. Esa fue la última vez que actué en mi vida. Cuando regresó, supe que ese actor se llamaba Héctor. Hubo una simpatía mutua cuando nos saludamos, él era de esas personas que le caen bien a uno sin saber por qué. Creo que lo llamaban “Zape” por un personaje que hizo en *Un pobre gallo de pelea*, pero dejaron de llamarlo así con el tiempo.

Hace algunos años él se pasó a vivir en el mismo edificio en el que vivo. Queda por la Séptima con 57. En esa época fue cuando más lo conocí y cuando más compartí con él. Yo conseguí un apartamento en ese edificio por casualidad, estaba buscando adónde mudarme y mi hermano fue el que me contó que en ese edificio de la Séptima había un piso vacío. Fui a verlo y me gustó mucho, lo tomé en arriendo. Al poco tiempo de que me pasé, desocuparon otro apartamento un piso más arriba. Héctor también estaba buscando dónde vivir y le dije que fuera a verlo. El apartamento era muy lindo, le gustó y se pasó. Él siempre decía que tenía frío, pero ahí hubo un cambio: le parecía que el lugar era cálido,

1• Esta pieza literaria fue escrita por Diego Alejandro Naranjo, a partir de una entrevista realizada a Germán Moure, fundador del Teatro Libre, director y docente de Interpretación en el Departamento de Arte Dramático de la Universidad Central.

acogedor. Cuando se mudó otra vez a La Macarena, volvió a quejarse del frío, decía que se le entumían las manos de los dedos y de los pies. Pero Héctor no era alguien que se la pasara quejándose de cualquier cosa; aunque uno lo viera triste, lo único por lo que se lamentaba era por lo mismo de siempre: el frío que hacía en el teatro, en la calle, en Bogotá.

Nuestra relación era sencilla. Éramos buenos amigos: compartíamos mucho, sobre todo, en la vida cotidiana, en las cosas pequeñas, en lo que no es heroico ni grande y que, sin embargo, es de lo más bonito de la vida. A veces yo subía a su apartamento o el bajaba al mío y almorzábamos juntos. No había ninguna complicación en la relación. Hablábamos de todo, de política, de teatro, de la vida en general. Cuando estoy en clase hablando con los muchachos, lo recuerdo. Héctor les diría esto, Héctor lo haría así, Héctor tal cosa...

Yo solo fui a visitarlo a la clínica una vez, cuando estuvo enfermo. Así, no quise volverlo a ver. Él sabía que se estaba acabando, pero era muy fuerte. Aún en ese estado era muy dedicado en su trabajo, con los estudiantes. Los llamaba y les daba indicaciones para su montaje de ese semestre, la última obra que dirigió, *La jungla en las ciudades* de Bertolt Brecht. También les decía: “cuando me recupere, vamos a seguir ensayando”. Yo llegué al final a ayudar en ese montaje, cuando Héctor ya no podía estar. Me di cuenta de que los muchachos se tomaban muy en serio lo que él les decía. Una vez di unas instrucciones y los estudiantes me dijeron que no lo iban a hacer así, porque Héctor ya había definido cómo hacerlo. Lo respetaban mucho; él era un increíble actor y los chicos lo tenían claro. Lo recuerdo actuando en *El encargado*; interpretaba a Ortiz, un vigi-

lante. Era un personaje lleno de humor y alegría, pero a la vez causaba mucha tristeza.

En *El rey Lear* también hizo un gran papel. Él era el Conde de Gloucester. Recuerdo mucho esa escena en que Gloucester ciego le dice a Edgardo, sin saber que es su hijo, que lo lleve a un lugar para suicidarse. Edgardo lo lleva a una montañita de arena en la playa y le



le dice que está enfrente de un acantilado, que, si salta, va a caer al mar. Él se tira con ímpetu. Es muy chistosa esa escena, Héctor caía como una ranita. También era muy patética. Ese fue un personaje sensacional. Lo que más me sorprendía es que Héctor en ese papel se veía muy grande, inmenso, y él era muy bajito.

Disfrutaba preparar los personajes, estudiaba muchísimo para crearlos. Sufrió bastante cuando Ricardo Camacho no lo dejó actuar una vez se enfermó; pero él estaba muy mal, era imposible que actuara así. Parece que uno dijera todo esto para elogiar y engrandecer, pero es sincero: él era un apasionado de la actuación y de la enseñanza. Ese día que no pudo actuar más en *Arturo Ui*, se quedó ensayando con sus estudiantes hasta las diez de la noche. Era una persona muy comprometida, se trasnochaba aprendiéndose las letras de las obras, se acostaba a las dos o tres de la mañana y, cuando estaba en el ensayo y se le olvidaba alguna línea, le daba muchísima rabia.

Héctor es una persona que hace falta, a mí me hace falta desde que se fue del edificio a vivir a La Macarena ○